

La nota del 5 de marzo tranquiliza á los alarmistas, y en la Bolsa se produce uno de esos movimientos de alza á que no se estaba acostumbrado.

El 7 de marzo el emperador expide un decreto que releva al príncipe Napoleón de sus funciones ministeriales. El príncipe cede á M. Rouher su cartera de ministro de Argelia y de las Colonias; los partidarios de la paz ven en esta dimisión una desgracia, y se regocijan de ello, porque el príncipe, así por su matrimonio como por sus sentimientos personales, es considerado como el principal defensor de la causa italiana en el ánimo de Napoleón III.

El Carnaval terminará de la manera más brillante, y parece que todo París quiere dejar para el día siguiente los negocios serios. Todos los partidos, todas las clases de la sociedad se divierten. ¡Si la guerra ha de venir, que venga! Ningún francés tendrá miedo; y esperando el rumor de las bombas y de las balas, que resuene entretanto el de las alegres orquestas.

XXXVIII

CUATRO BAILES DE MÁSCARAS. — LA CUARESMA

En menos de una semana hubo cuatro bailes de máscaras: el primero en el ministerio de Estado, el segundo en la presidencia del Cuerpo legislativo, el tercero en el ministerio de Negocios extranjeros y el cuarto en las Tullerías. El emperador y la emperatriz asistieron á estos bailes, á los tres primeros con dominó y antifaz y el cuarto al de las Tullerías, con el rostro descubierto. Aquellos disfraces en medio de las complicaciones diplomáticas más graves, aquellas fiestas deslumbradoras que precedían en algunas semanas tan sólo á una de las más grandes guerras del siglo XIX, llevaban el sello de un régimen que se proponía mezclar la gloria con el placer. Hoy día semejantes distracciones serían un anacronismo.

Uno de los episodios que llamaron con justicia la atención en el primero de dichos bailes, fué la entrada de dos mujeres que llevaban oculto el rostro bajo el antifaz y que vestían trajes alegóricos. Representan la Paz y la Guerra: la primera, con ropaje blanco, lleva en la cabeza una corona de olivo con frutos de oro y en la mano una rama verde. La Guerra, con el casco en la cabeza y los cabellos flotantes, lleva una lanza. Al pasar por delante de la princesa Matilde, la Paz se detiene y dice inclinando la rama simbólica: «Permitidme, señora, depositar mi rama y mis votos por vuestra ventura á vuestros pies.» La princesa contesta: «Los acepto como augurio, mas no respondo de nada.» En cuanto á la Guerra, habiendo divisado á un general que conquistó en Crimea su grado, le ofrece la lanza, diciéndole: «¿Quieres tomarla? — Con mucho gusto, contesta el valeroso militar; mi oficio es batirme; mas te advertiré, hija mía, que una golondrina no hace verano.

Todos ellos fueron magníficos, pero el dado por los soberanos en su palacio excede en esplendor á todas las previsiones. La emperatriz se presenta más hermosa que nunca con su traje de capricho: toca de terciopelo cereza, cabellos empolvados con adorno de perlas y vestido negro de seda con palmas rojas y bordados de oro. El emperador lleva un rico uniforme, el mismo que se había propuesto para los cien guardias y que no estaba adoptado aún: túnica de color de gamuza, botas gruesas y calzón blanco de ante; sobre la túnica el gran cordón de la Legión de Honor, con placa de diamantes y la medalla militar.

¿Quién podría creer que pronto estallará una guerra terrible? Al ver aquellos

rostros radiantes de alegría, aquellos trajes magníficos, aquellos esplendores dignos de las Mil y Una noches, ¿quién podría imaginar que los gritos de los heridos y de los moribundos en los campos de batalla reemplazarán tan pronto á los dulces murmullos del baile y á las embriagadoras armonías de la orquesta? ¿Quién podría prever la suerte reservada á ese palacio, teatro de tantas glorias y de tantas magnificencias? ¡Qué dicha es que los mortales no conozcan de antemano sus propios destinos! Sin esa ignorancia, beneficio de Dios, ¿podría haber ni una sola fiesta alegre en este mundo?

*
* *

París no está menos animado en la Cuaresma que durante el Carnaval. Las preocupaciones políticas no entorpecen el movimiento teatral ni el de la sociedad; no se baila ya en el mundo oficial; pero aún hay saraos en muchos salones, y las fiestas aristocráticas del arrabal Saint-Germain son numerosas y brillantes. En las Tullerías hay recepciones y conciertos. Los asuntos diplomáticos, comentados con calor en la Bolsa, producen movimientos que apasionan á los jugadores. Se ganan ó se pierden considerables sumas; pero en el mercado hay mucha animación. Las personas acomodadas á quienes no agradan las armas buscan sustitutos, y se dice que la guerra, en el caso de estallar, no ocasionará ninguna perturbación en las carreras civiles. El número de jinetes, amazonas y coches elegantes que todos los días dan *la vuelta al lago* en el bosque de Bolonia, no ha disminuido en nada. Los trajes son igualmente lujosos, así como también los carruajes; los teatros se llenan de gente, y hay tantas reuniones, que París no ha perdido nada de su orgullo y de su alegría.

El conde Walewski, en el ministerio de Negocios extranjeros, y el conde de Morny, en la presidencia del Cuerpo legislativo, comienzan de nuevo desde el 16 de marzo sus recepciones en las noches de los miércoles. Son reuniones muy elegantes, donde se ven á veces algunos legitimistas y varios orleanistas, amigos personales de los dos hombres de Estado, ambos muy á la moda. Durante su embajada de Rusia, el conde de Morny se ha fijado, entre las damas de honor de la emperatriz, en la señorita Sofía, princesa de Troubetzkoy, que descende de uno de los compañeros de Rurik. Se casó con ella por amor, y cuando llegó á París, llamó la atención general. Rubia, con ojos negros, esbelta y de aspecto distinguido, la condesa de Morny tiene facciones delicadas y la cabeza graciosísima. Los fastuosos salones de la presidencia del Cuerpo legislativo son un marco digno de ella; los del palacio del muelle de Orsay se realzan con su presencia no menos magníficos. El conde Walewski, tipo de gran señor, y su esposa reciben con exquisita cortesía á sus convidados. Todo el cuerpo diplomático extranjero asiste á las reuniones del conde Walewski sin perder una sola.

17 marzo. — El gobierno piemontés, que desde el día 9 ha llamado al servicio activo á todos los militares con licencia ó que descansaban en sus casas

desde la reserva de 1828 hasta la de 1832, publica un decreto que autoriza la creación de cuerpos francos.

20 marzo. — El emperador pasa revista en el Campo de Marte á la guardia imperial. Los partidarios de la paz temían que esta solemnidad diese motivo á demostraciones belicosas; pero no sucede nada de esto. Napoleón III es aclamado por las tropas; mas ni el ejército ni el pueblo gritan «¡Viva Italia!» El objeto principal de esta revista militar parece haber sido la presentación á las tropas del príncipe imperial, inscrito en las listas del 1.º de granaderos de la guardia. El niño, que va en carretela descubierta, acompañado de la emperatriz, lleva el uniforme del regimiento. La emperatriz, dejando el sitio que ha ocupado durante el desfile, se dirige hacia el lado del puente de Jena, y ordena á los centinelas que dejen á la multitud aproximarse. El soberano se ve rodeado al punto de una multitud inmensa que se precipita hasta debajo de los caballos, gritando: ¡Viva el emperador! En el séquito reina profunda sensación durante un momento, pero sin accidente alguno. Un tiempo magnífico ha favorecido la revista.

22 marzo. — El *Moniteur* publica la siguiente nota, que produce mucho efecto: «Rusia ha propuesto la reunión de un congreso con objeto de evitar las complicaciones que la situación de Italia podría crear, propias para perturbar la paz de Europa. Este congreso, compuesto de los plenipotenciarios de Francia, Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia, se reuniría en una ciudad neutral. El gobierno del emperador se ha adherido á la proposición del gabinete de San Petersburgo; los gabinetes de Londres, de Viena y de Berlín no han contestado aún oficialmente.»

24 marzo. — El *Moniteur* anuncia la adhesión de los gabinetes de Londres y de Berlín á la proposición sobre el congreso.

25 marzo. — Se lee en el *Moniteur*: «El gabinete de Viena se ha conformado con la proposición de Rusia respecto á un congreso. El conde de Cavour ha marchado de Turín y se dirige á París á invitación del emperador.»

La primera noticia tiende á tranquilizar los ánimos; la segunda los alarma. La mayoría del público quiere creer en la eficacia de un congreso, como remedio pacífico; pero los hombres que están más al corriente de las cosas de la diplomacia no ven más que la inminencia de un conflicto armado. Entonces fué cuando M. Thiers escribió en una carta particular:

«El emperador tiene una idea fija: promover la guerra, hablando de la paz.»

¿Qué van á decirse los dos asociados de Plombières, Napoleón III y M. de Cavour? Esta es la pregunta que todos se hacen con ansiedad.

26 marzo. — El hombre de Estado piemontés llega á París, se apea en el hotel de Londres, y en el mismo día celebra con el emperador una entrevista cuyo misterio se mantiene impenetrable.

En los dos días siguientes no es recibido por el soberano, que está indispuesto ó finge estarlo; y á los hombres de negocios que le interrogan con an-

siedad, el ministro piemontés les contesta solamente: «Hay probabilidades de paz y también de guerra.» Pero como el barón Jaime de Rothschild insistiera, Cavour le contesta sonriendo: «Escuchad, os haré una proposición: compremos juntos fondos; juguemos á la alza; presentaré mi dimisión, y aquella será de tres francos. — Sois demasiado modesto, señor conde, replica el banquero israelita; bien valéis seis francos.»

26 marzo. — El conde de Cavour obtiene la última entrevista con el emperador en presencia del conde Walewski. A pesar de las vivas instancias de éste, declara que el Piemonte no se desarmará, y sale de las Tullerías descontento del ministro de Negocios extranjeros, si no del soberano. Por la noche escribe al general La Marmora: «La cuestión italiana se ha tratado de la peor manera que era posible, y la guerra es inevitable; se retardará dos meses al menos y tendrá por teatro el Po y el Rhin.»

30 marzo. — En el momento de salir de París, M. de Cavour escribe á Napoleón III una carta en que, recordando al soberano su antigua simpatía, sus estímulos y sus promesas, le conjura á no escuchar los consejos del conde Walewski, rechazando una política retrógrada que convertiría la Italia en enemiga mortal de Francia, obligando al rey Víctor Manuel á abdicar.

1.º abril. — El conde de Cavour ha regresado á Turín, y en la estación del camino de hierro es saludado por un grupo de numerosos amigos, que le dispensan una ruidosa ovación.

3 abril. — En el Campo de Marte, el emperador pasa revista á las tropas del ejército de París y de la primera división militar. La emperatriz, teniendo á su lado á las princesas Matilde y Clotilde, y delante al príncipe imperial, asiste á la revista en el balcón de la Escuela Militar.

10 abril. — El *Moniteur* publica un artículo que es una apología de la política imperial. «Cuando no se quiere más que la justicia, dice el diario oficial, no se teme la luz. El gobierno francés no tiene nada que ocultar, porque está seguro de no tener nada que rectificar. La actitud que ha tomado en la cuestión italiana, lejos de autorizar las desconfianzas de Alemania, debe por el contrario inspirarle la mayor tranquilidad, pues Francia no puede atacar allí lo que desearía proteger en Italia. Su política, que desconoce todas las ambiciones de conquista, no busca más que las satisfacciones y las garantías reclamadas por el derecho de gentes, la felicidad de los pueblos y el interés de Europa..... Representar á Francia como hostil á la nacionalidad alemana no es tan sólo un error, sino un contrasentido. No somos nosotros los que estaríamos amenazados por el ejemplo de una Alemania nacional que conciliara su organización federativa con las tendencias unitarias cuyo principio se ha planteado ya en la gran unión comercial del *Zollverein*. Todo cuanto desarrolla en los países vecinos las relaciones creadas por el comercio, por la industria y por el progreso, aprovecha á la civilización, y todo cuanto ésta engrandee eleva á Francia.»

Tal era la doctrina de que Napoleón III debía ser el apóstol y el mártir.

¡Ay!, en este hermoso sueño de las nacionalidades, ¡qué cruel despertar estaba reservado para el generoso é infeliz emperador! Aquella unidad alemana que él consideraba con ojos tan favorables y complacientes, ¿no debía tal vez ser la causa de sus supremas desdichas y de la ruina de su dinastía?

La Cuaresma terminó en medio de negociaciones complicadas y estériles, que se caracterizaron por fluctuaciones incesantes, y á las que las potencias comprometidas desde el principio no atribuían más que una mediana importancia. El congreso no era más que una especie de fantasmagoría diplomática, que no tomaban por lo serio ni Napoleón III ni Víctor Manuel, deseando ambos la guerra; ni tampoco Francisco José, resuelto á no inclinarse ante sus enemigos. El acuerdo era imposible: Austria exigía el desarme de Cerdeña, y esta última no quería desarmarse. Si se debía reunir un congreso, Cerdeña estaba resuelta á ser admitida, y Austria no quería de ningún modo que sus plenipotenciarios tomasen asiento junto á los de Cerdeña. El objeto de Napoleón III y de Víctor Manuel era arrancar Milán y Venecia á la dominación austriaca; el de Francisco José se reducía á mantener ese dominio libre de todo ataque. Los políticos perspicaces comprendían que semejantes cuestiones no se podían resolver sino con la espada.

XXXIX

LA SEMANA SANTA

En el momento de comenzar la Semana Santa, aún se esperaba la paz. El 17 de abril, Domingo de Ramos, las iglesias estaban llenas de fieles, y los hombres de ideas belicosas podían meditar sobre estas palabras de Jesucristo en el Evangelio de la Pasión: «Aquel que se sirva de la espada, por la espada perecerá.»

Lunes 18 de abril. — Se podía creer que se obtendría una solución pacífica, pues el conde Walewski dirigía al mariscal Pelissier, embajador de Francia en Londres, un telegrama concebido así: «Sírvasse declarar sin dilación á lord Malmesbury que si Inglaterra nos promete insistir con nosotros respecto á la admisión de las potencias italianas en el congreso, yo invitaré inmediatamente al Piemonte, por telégrafo, á que se adhiera al principio del desarme, cuya ejecución se regulará, si hay lugar, aun antes de reunirse el congreso. Si me contestáis afirmativamente, mi telegrama se expedirá al punto.»

El gobierno inglés contesta en sentido afirmativo, y el telegrama se expide sin demora, aconsejándose en él bajo una forma imperativa el desarme. Llegado el parte á Turín, se le comunica al conde Cavour en la noche del 18 al 19.

Martes 19 de abril. — M. de Cavour, con la muerte en el alma, se somete, y acto continuo se notifica la aceptación del gobierno sardo á París y Londres; pero el hombre de Estado piemontés conserva la vaga esperanza de que alguna circunstancia inesperada le dispensará de la promesa que acaba de hacer contra su voluntad.

No se engaña: en el mismo día la corte de Austria adopta *ab irato* una resolución que es la mayor de las faltas. Envía á París dos oficiales portadores de un ultimátum, contra el cual protestan las grandes potencias.

En París no se sospecha aún nada semejante. Por la mañana el *Moniteur* ha publicado, respecto á las negociaciones diplomáticas, una nota que termina así: «Todo hace presumir que si las dificultades no se han allanado aún, la buena inteligencia definitiva no tardará en establecerse, sin que nada se oponga ya á la reunión del congreso.»

En la noche del 20 al 21 de abril se anuncia en las Tullerías que Austria ha resuelto enviar á Turín el ultimátum que hace inevitable la guerra.

Jueves Santo 21 de abril. — Por la mañana se lee en el *Moniteur* una nota considerada como pacífica y concebida así: «El gobierno de S. M. Británica ha

hecho á las cuatro potencias las proposiciones siguientes: 1.º Que se efectúe un desarme general previo y simultáneo; 2.º Que este desarme se regule por una comisión militar ó civil independiente del congreso: se compondrá de seis comisarios, uno por cada una de las cinco potencias y el sexto de Cerdeña; 3.º Que apenas se haya reunido esta comisión y comenzado su tarea, el congreso se reunirá á su vez, procediendo á la discusión de las cuestiones políticas; y 4.º Que los representantes de los Estados italianos serán invitados por el congreso, tan pronto como se reuna, á tomar asiento junto á los representantes de las cinco grandes potencias, absolutamente lo mismo que en el congreso de Laybach en 1821. Francia, Rusia y Prusia se han adherido á las proposiciones del gobierno de S. M. Británica.»

Así pues, en el momento mismo en que todas las cancillerías saben ya que la tormenta se halla á punto de estallar, París se mece aún algunos instantes en las esperanzas de paz. Sólo la emperatriz sabe la verdad.

Por la noche se canta el *Stabat*, de Rossini, en la capilla de las Tullerías y después hay recepción en los salones de la emperatriz. La noticia sobre el ultimátum austriaco se confirma. Escuchemos á la condesa Estefanía Tascher de la Pagerie, que asistió á la reunión de las Tullerías: «Era la guerra, dijo; y todos estaban persuadidos de ello... Yo lo leía en la expresión pensativa de los ministros que se agrupaban para hablar; lo veía en las miradas tranquilas de los oficiales presentes, que se paseaban con la cabeza alta, y lo adiviné más aún en las facciones ansiosas de sus esposas, que lloraban á su pesar, tratando de ocultar sus lágrimas... En aquel momento he tratado de leer en los ojos del emperador lo que experimentaba ante un caso tan grave, y me pregunté si no dejaría en semejante circunstancia su calma habitual y su aspecto impenetrable. Confieso que ningún cambio observé en su fisonomía impassible; y cuando más, parecía estar en el fondo un poco preocupado, aunque contento; hablaba con sus ministros, y dábales cuenta de los últimos telegramas que acababa de recibir.»

Viernes Santo 22 de abril. — El *Moniteur* publica esta nota: «Austria no ha querido adherirse á la proposición hecha por Inglaterra y aceptada por Francia, Rusia y Prusia. Además de esto, parece que el gabinete de Viena ha resuelto dirigir una comunicación directa al de Turín para obtener el desarme de Cerdeña. En presencia de estos hechos, el emperador ha ordenado la concentración de varias divisiones en la frontera del Piemonte.»

Sábado Santo 23 de abril. — Por la tarde los dos oficiales austriacos portadores del ultimátum de su gobierno, barón de Kellersberg y conde Ceschi de Santa-Croce, llegan á Turín. A esta misma hora se discute en la Cámara de los diputados el proyecto de ley que, en el caso de guerra, confiere al soberano, mientras duren las hostilidades, plenos poderes civiles y militares. Votado el proyecto, M. de Cavour sale de la Cámara, diciendo: «Esta es la última sesión del Parlamento piemontés; el año próximo abriremos el primer Parlamento italiano.» Apenas acaba de entrar en su casa cuando le anuncian la presencia de

dos mensajeros austriacos, y toma de sus manos el ultimátum del conde Buol, que termina así: «Tengo el honor de rogar á V. E. que me diga si el gobierno real consiente ó no en poner su ejército en pie de paz sin dilación, licenciando á los voluntarios italianos. El portador de la presente, á quien tendréis á bien, señor Conde, dar vuestra respuesta, tiene orden de ponerse á vuestra disposición durante tres días. Si terminado este plazo no recibiera respuesta alguna, ó en el caso de no ser esta última del todo satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias á que daría lugar esta negativa recaería toda ella sobre el gobierno de S. M. Sarda. Después de agotar en vano todos los medios conciliadores para proporcionar á sus pueblos una garantía de paz sobre la cual el emperador tiene derecho de insistir, S. M. deberá, con gran sentimiento suyo, apelar á la fuerza de las armas para obtenerla.»

Después de haber leído lentamente este ultimátum, el conde Cavour despidió cortésmente á los dos mensajeros, guardándose bien de notificarles desde luego la negativa de su gobierno. Le importa alargar todo lo posible las dilaciones, tanto para completar los preparativos militares, cuanto para permitir al ejército francés que tenga tiempo de llegar.

Aquel mismo día se lee en el *Moniteur* de París: «El gobierno austriaco ha creído de su deber dirigir al gobierno sardo una comunicación directa para invitarle á poner su ejército en pie de paz, licenciando á los voluntarios. Esta comunicación se ha debido transmitir á Turín por conducto del ayudante de campo del general Guilay, comandante en jefe del ejército austriaco en Lombardía. Este oficial tenía orden de anunciar que esperaría la contestación durante tres días, y que toda respuesta dilatoria se consideraría como una negativa. Inglaterra y Rusia no han vacilado en protestar contra la conducta de Austria en esta circunstancia.»

El mismo número del *Moniteur* anuncia que los grandes mandos militares se hallan distribuidos de la manera siguiente: ejército de París, el mariscal Magnán; de Lyon, el mariscal conde de Castellane; de observación en Nancy, mariscal Pelissier, duque de Malakoff; primer cuerpo del ejército de los Alpes, el mariscal conde Baraguey d' Hilliers; segundo cuerpo, el general conde de MacMahón; tercer cuerpo, el mariscal Canrobert; y cuarto cuerpo, el general Niel. El príncipe Napoleón tendrá el mando de un cuerpo separado, y al mariscal Randou se le nombra mayor general del ejército de los Alpes.

En el mismo día se recibe en las Tullerías la demanda oficial del gobierno sardo, que reclama el apoyo de Francia, seguro ya.

La Semana Santa, comenzada con esperanzas de paz, termina en medio de preocupaciones belicosas. No se han escuchado los preceptos del Evangelio: tres naciones católicas tratan de acuchillarse á pesar de las grandes palabras: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

XL

LA SEMANA DE PASCUA

Domingo de Pascua 24 de abril. — El día de las grandes alegrías religiosas se perturba esta vez profundamente. En la hora misma en que se celebran los oficios, los soldados hacen con una actividad febril sus preparativos de marcha, y la multitud se dirige hacia los cuarteles y sus barrios. Oyense toques de clarín y el redoble de tambores, y algunos regimientos, con equipo de campaña, se dirigen hacia la estación de Lyon, seguidos de un populacho entusiasta, y toman el camino de Italia.

Lunes 25 de abril. — Toda la guarnición de París ha marchado; no queda más que la guardia imperial, y ésta se prepara para salir también. El servicio de la plaza y del Estado Mayor se hace por la guardia de París, y hay tal carencia de hombres, que en la Bolsa los soldados de caballería deben prestar el servicio de la infantería.

Martes 26 de abril. — En el momento de entrar en campaña, los granaderos de la guardia imperial van á recoger su bandera en las Tullerías. La emperatriz y el príncipe bajan al patio, y aquélla abraza con emoción la bandera.

Aquel mismo día expira el plazo concedido al Piamonte por el ultimátum austriaco. Este último había tomado la forma de una comunicación fechada en 19 de abril, dirigida por el conde Buol al conde de Cavour y entregada por este último al barón de Kellersberg en 23 de abril, á las cinco y media de la tarde. La contestación está contenida en un pliego enviado el 26 por el conde de Cavour al conde Buol, y en ese documento se dice: «V. E. me ha pedido, en nombre del gobierno imperial, que conteste con un *sí* ó un *no* á la invitación que nos hace de reducir el ejército al pie de paz, licenciando á los cuerpos organizados con voluntarios italianos; y añade que si al cabo de tres días V. E. no recibiese contestación, ó si esta última no fuera del todo satisfactoria, S. M. el emperador de Austria estaba resuelto á recurrir á las armas para imponernos por la fuerza las medidas que son objeto de su comunicación.

»La cuestión del desarme de Cerdeña ha sido objeto de numerosas negociaciones entre las grandes potencias y el gobierno de S. M.; y estas negociaciones condujeron á una proposición formulada por Inglaterra, á la cual se adhirió Francia, Rusia y Prusia. Cerdeña, con un espíritu conciliador, aceptó sin reserva